

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA.

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

SETIEMBRE. N.º 35 GRANADA. REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V 1879

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos a propósito para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo. Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta. Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenece. El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO

La conquista de Méjico, por F. F. B.—El ave María, poesía, por Alfredo Brañas.—Calvario y redención, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—El toque de oración, poesía, por id.—La reina de Hungría, por X.—Nuestra Señora de la Consolación por X.

EL CONQUISTADOR DE MÉJICO.

(CONTINUACION.)

—¿Has deseado verme? preguntó Cortés.

—Hijo del sol, contestó solemnemente la india, tú me has salvado la vida: tu brazo poderoso evitó la muerte cruel que me esperaba ante el ara de los dioses. De secreto prometí entonces darte una prueba de agradecimiento y hoy cumpliré mi mi promesa. Vengo a salvar también tu vida, porque mañana tú y los tuyos estais destinados a morir.

—¿Como! ¿que es lo que dices?

—Escucha: esas pruebas de amistad y de alianza que recibes del senado y los jefes de Cholula, son fingidas, y encierran la mas inícu traicion. Tropas numerosas llegadas de Méjico aguardan cerca de la ciudad la hora de precipi-

tarse sobre vosotros: los habitantes han sacado fuera de los muros a sus mujeres y a sus hijos, porque ellos van a sostener un combate a muerte hasta vuestra total ruina. Las calles que rodean vuestro alojamiento están llenas de abrojos y afiladas puntas, para detener vuestro ataque mientras os abrumen con piedras que han subido a lo alto de las casas.

Profunda impresion hicieron en Cortés las palabras de Marina, como que le confirmaban en la perfidia y mala fe de los indios que él ya habia sospechado. Procuraba disimular la emocion, el vivo resentimiento que experimentaba con tal revelacion; pero la joven interpretando mal su silencio le dijo afectuosamente.

—No temas el morir, por que Marina dará una prueba de amor, aun al enemigo de su patria, y morirá con él o le salvará la vida.

—No temo yo el morir, respondió Cortés con viveza, ni hay por qué temerlo. Mis armas, los rayos que despiden, y los impetuosos caballos con que nos precipitaremos sobre ellos, me aseguran de antemano la victoria. El mismo cielo que castiga la perfidia, sostendrá mi causa que es la suya, por que son los errores de vuestra religion los que principalmente vengo a destruir.

—Sin embargo, vuestros enemigos no tienen número y vosotros sois pocos... muy pocos!

—Cada uno de mis leones es capaz de deshacer un ejército entero de mejicanos. A una señal mía aniquilarán á sangre y fuego cuanto intente resistirles, y esos imbéciles que nos juzgan por el número, aprenderán á costa suya, cuánto mejor les estaba conservar la paz con que les brindo, que no atacarme con vileza. Yo no tiraré de la espada sino me atacan; pero una vez sacada de la vaina... Marina, tiembla por tu pueblo.

—Y á que aventurar tu vida en tan desigual y desesperado combate? ¿Por que no aceptar los medios de salvacion que te propongo? Ven, sígueme al desierto: hay allí asilos de paz, de dulce alegría, que solo tu amiga conoce: soledades impenetrables que aun no han sido contaminadas con las funestas disenciones de los hombres. La naturaleza nos ofrecerá allí tesoros que nunca se acaban, así como tampoco acabará mi deseo de hacerte feliz.

—Y tú, una débil mujer, tendrías valor para realizar tal proyecto?

—Los extraordinarios acontecimientos de mi vida me han infundido aliento para mayores cosas. De niña perdí á mi padre, que era un cacique tributario del imperio de Méjico, y mi madre me vendió á unos mercaderes de Xicallanca, para asegurar la herencia de mi padre á un hijo que ella habia tenido en su segundo matrimonio. Despues fui hecha prisionera por un jefe de Tabasco. Hoy dia soy tu esclava y solo á tí tengo en el mundo, á tí á quien voy á salvar en mi compañía.

—Tú deliras, Marina, no conoces las leyes, ni el honor de mi país. ¿Yo huir contigo al desierto! ... jamas. ¿Qué sería entonces de mis valientes compañeros? de mi vida pende la suya, y la tuya tambien, hermosa jóven, por que despues de la revelacion que acabas de hacerme, men-gua sería dejarte donde fueses víctima por tu lealtad. Desde este momento, tu suerte está unida á la de los españoles y vendrás á vivir en medio de ellos.

—Sea, contestó Marina.

—¿Conservas algun respeto á los ídolos?

—Ninguno, desde que los ví caer á tus piés.

—Pues ven conmigo, amiga mía, ya no te separarás de mi lado, y dia llegaré, no lo dudes, en que pueda darte un nombre mas grato al corazon.

IV.

Bien fundados eran los temores de la jóven india y ciertos los interesantes avisos que habia dado á Hernán Cortés. Motezuma, el poderoso emperador mejicano, el poseedor despótico de un

inmenso territorio abundante en recursos de todos géneros, habia temblado al saber la llegada de los españoles. Aquel monarca, que al frente de numerosas tribus se habia ostentado en el campo de batalla con el talento, valor y energia suficientes para derrotar á los enemigos con sola su presencia, aquel guerrero hasta entonces siempre vencedor, no solo no se habia atrevido á reunir todas sus fuerzas para aniquilar el puñado de españoles que venian á desafiarle en el centro de su mismo imperio, sino que poseido del mas supersticioso temor, vacilaba irresoluto, sin mas deseo que el de alejar á tan atrevidos conquistadores, antes que llegasen á aparecer en su presencia.

Dos medios habia tentado Motezuma de alejar á los españoles de su territorio: uno habia sido aterrarlos con la vana relacion de su formidable poder, y otro deslumbrarlos con los magníficos presentes que acompañaban á sus embajadas, ganando su ánimo para que se retirasen; mas por una singular fatalidad, estos medios eran los mas eficaces para incitar á los españoles á seguir su audaz empresa. Los regalos aumentaban su codicia y el deseo de hacerse dueños de un país que tales riquezas producía, y los peligros que habia que correr para lograrlo, eran el mas poderoso escitante de su valor. Mal conocía Motezuma el temple de aquellos hombres para quienes las empresas arriesgadas eran siempre las mas apetecidas por la sola razon de que eran difíciles. Riquezas y peligros, he aquí lo que los españoles buscaban, por que si las unas proporcionaban fortuna, los otros proporcionaban la gloria.

Cuando el terror de Motezuma llegó á su colmo y cuando no le quedó duda de que Cortés penetraría conforme habia prometido hasta la capital del imperio, fué al llegar á su noticia la realizacion del inaudito proyecto de quemar su flota, para quitar á los españoles no solo la esperanza, sino hasta la posibilidad de volver á su patria hasta terminar su empresa. Este hecho tan extraordinario, único en la historia del mundo, revela la grandeza de ánimo y la constancia del ilustre caudillo. Vencer ó morir, son palabras repetidas por muchos y cumplidas por muy pocos, pero en esta ocasion la dura necesidad haría cumplirlas. Quinientos hombres quitándose voluntariamente los medios posibles de huir del peligro y asegurar la retirada, avanzaron con esfuerzo incomparable á encerrarse entre vastas, poderosas y desconocidas naciones y para vencerlas solo se reservaron el valor y la perseverancia.

Entonces conoció Motezuma que era forzoso

tentar el último extremo, y como no le faltaba sagacidad, juzgó que una emboscada hábilmente dispuesta, era la mas apropiada para concluir con los aventureros. Cholula, su ciudad mas afecta y consagrada á las divinidades del imperio, que en ella tenían sus santuarios mas venerados, fué el sitio destinado para la traición, por que el monarca, siempre dominado por sus ideas supersticiosas, habia creído poder exterminar mas facilmente á los extranjeros, atacándolos á vista de sus divinidades favoritas. Esta formidable conspiracion, que habia de estallar cuando mas desprevenidos se hallasen los españoles dentro de la pérfida ciudad, fué de la que su buena estrella libró á Hernan Cortés, y fué tambien causa de la ruina de los mejicanos, por que el español caudillo, no solo quiso castigar aquel primer ataque indeciso de los enemigos, sino que tuvo astucia para convertirle en contra de los que le habian promovido.

F. F. B.

Continuará,

EL AVE MARÍA.

*Vierte la aurora su luz,
el campo inunda de grana,
y allá en la cumbre lejana
hunde la noche el capuz.*

*Inúndase de alegría
ora el valle, la colina,
y en la enramada vecina
el ave saluda al día.*

*Estremécese la flor
del sol ante el primer rayo,
y ostenta sobre su tallo
el purpurino color.*

*F del claro manantial
Sale brillante reflejo.
convirtiéndose el espejo
en diamantino cristal.*

*Entonces con devocion
el cristiano se arroja,
y sube al cielo sencilla,
la voz de su corazon.*

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE TRES HERMANOS.

Fabian de Ossorio á su hermana María.

Héme aquí de vuelta, mi querida hermana.

Héme aquí de nuevo, pisando el suelo de mi hermosa patria y cerca de todo cuanto amo en el mundo. Sí, cerca de todo cuanto amo, por que ya solo me separa de vosotras, no la inmensidad del oceano, sino algunas leguas de tierra.

Ya, mi buena y desgraciada María, no tardaré en abrazaros, pues una vez cumplidas las obligaciones que me impone el deber, una vez dada cuenta de la mision que me confió D. Félix, me ocuparé de nuestros propios asuntos algunos dias, los suficientes para entrar de nuevo en posesion de nuestra fortuna, y dejaré la corte para ir a tu lado, para estrecharte en mis brazos, y para que ambos corramos a los de nuestra madre, a llevarla la felicidad, tras tan largos años de prueba.

Oh! quien sabe! ¡si al par pudiera llevarla una nueva hija!

Por que ¿a qué he de ocultártelo, hermana mia? Yo amo a Angelina con toda mi alma! sin ella, no puede haber ni dicha, ni esperanza para mí!

Esa flor, abierta y embellecida al soplo de mi cariño, es la única, María, es la única que puede perfumar mi vida y llenar de luz las horas de mi porvenir.

Pobre niña! Si supieras cuanto á sufrido tambien!

Y ¡es tan débil, es tan tímida que cualquiera de esos pesares pudiera matarla, por que se asemeja a uno de esos pobres lirios que no han arraigado bien en la tierra, y a quien el menor soplo de viento puede deshojar y hacer rodar por la arena!

Ya sabias que Susana me habia escrito, que

la pobre mujer estaba inconsolable, por que ignoraba el paradero de esa niña, á quien ama como una hija, y de la cual la han separado tan cruelmente.

Pues bien, la buena nodriza al verme se arrojó en mis brazos y lloró amargamente, aunque diciendo en medio de sus lagrimas.

—¡Oh! gracias al cielo! V. me la devolverá!

—¡Ay! la respondí, es preciso buscarla por que Angelina es mi vida tambien:

Susana me miró de un modo espresivo y exclamó:

—Sí, sí: no podia ser de otra manera; dos almas tan nobles han sido sin duda formadas por Dios, la una para la otra.

Supliquéla entonces que me lo contara todo, y ella me refirió como Valeria y su padre habian sacado de la casa á Angelina, sin que hubiera sabido despues el sitio á que la habiran conducido.

—Yo he estado siempre vigilándolos, añadió para concluir, yo he estado siempre atenta al menor indicio, sin lograr saber si ella se halla en Madrid ó si la han conducido fuera de la corte.

La Señorita ha vuelto á adoptar su vida habitual. Sale como siempre, recibe á sus amigas, y cuando estas preguntan por su hermana, responde con la mayor tranquilidad que ha ido á pasar una gran temporada con unos parientes de su madre. Ella, estoy segura, no vá á verla nunca; ¡bien es verdad que esto no indica que se halle lejos, esto solamente prueba que no la ama!

Su padre está mas sombrío, mas retraido que de costumbre, pero nada mas. Yo creo que habia empezado á amar á esta niña, vivo retrato de su madre, y que allá en los profundos misterios de su corazon, quería reparar en ella la injusticia que cometió antes, y que la voz instintiva y secreta de su conciencia empieza á repetir á su oído. Sea como quiera, sale menos de casa, habla menos tambien, y parece como que esquivo algun tanto la compañía de la Señorita Valeria, que por su parte tampoco procura acercarse á su padre.

En medio de esta reserva, nada hemos podido ninguno saber, y mi pobre Angelina vivirá acaso sola y llorando, sin tener quien la ame ni vele por ella.

El llanto cortó la palabra de Susana y yo me puse á meditar sobre cuanto acababa de decirme.

Despues de algun tiempo de reflexion.

—Vamos, dije, es preciso que reuna mas datos, que recordemos circunstancias para ver si podemos averiguar algo. En primer lugar, Susana,

dígame V. si tardaron mucho en volver la tarde que se llevaron á Angelina.

—No señor, una hora y media cuando mas.

—Entonces no es probable que la hayan sacado de Madrid, murmure yo pensativo.

Toda esta conversacion la habíamos tenido en el pabellon del jardin, donde ahora vive Susana, y yo fui á verla antes de presentarme á D. Félix, pues llegué aquí á las cuatro de la mañana, hora en que ni aquel ni Valeria estaban aun levantados.

Todavía no habia resuelto nada sobre el objeto de mis deseos, que era saber donde estaba Angelina para poder verla y hablarla, cuando la puerta se abrió de golpe, y leal, el hermoso perro de la pobre niña se precipitó en la estancia, dando alegres saltos y mostrándome que aun se acordaba de mí, con sus caricias y sus ladridos.

¡Pobre perro! cuánta lealtad y cuánta inteligencia demostraba al manifestarme aquel cariño! cómo comprendia él que yo era el amigo verdadero de su señora.

Puse una mano sobre la cabeza del noble animal, que al mirarme, miraba tambien á todos lados como preguntándome por ella, y una idea estraña acudió á mi mente.

Grandes crímenes y ocultos secretos se han averiguado por el instinto de un pobre perro, y yo pensé hacer una prueba con la cual nada arriesgaba.

—¡Oh! me dijo la nodriza, desde que mi pobre hija no está en casa, este perro parece que quiere abandonarla tambien, pasa los dias fuera, y apenas logro tenerle aquí alguna vez.

—¿Que pasa los dias fuera? la pregunté con interés.

—Si señor, hace ya mucho tiempo.

—¿Y no sabe V. donde va?

—Cómo? eso no es posible.

—Habiéndole seguido alguna vez...

—¡Seguirle! ¿y para qué? yo no he pensado jamás en ello, dijo Susana sin comprenderme.

—¡Oh! yo lo haré, yo lo haré, por que quizá leal sepa ya lo que nosotros deseamos adivinar.

—¿Como! ¿qué quiere V. decir?

—¿Tiene V. algun objeto que haya pertenecido á Angelina?

—Ya lo creo, todo cuanto hay, ha sido suyo antes que mio.

—¡Oh! pues venga, venga pronto un libro, un pañuelo...

—Hé aquí el que tenia en la mano la última vez que yo la ví, dijo Susana, sacando con religioso respeto un pañuelo blanco, ajado y arrugado por el uso de un dia, y que la nodriza tenia guardado como un recuerdo querido.

Tomé el pañuelo al cual conservaba un vago perfume que me hizo recordar mas aun á su dueña.

Quizá en aquel fino lienzo quedaria aun la huella de una lágrima derramada en silencio por mi.

Lo llevé á mis labios, y luego llamando á leal se lo presenté diciéndole, como si él hubiera podido entenderme.

—Vamos, mi buen amigo, mi noble leal, busca á tu ama, búscala.

El perro se acercó al pañuelo, aplicó á él la nariz y movió la cola con expresion de alegría: despues se irguió, sacudió la cabeza y se dispuso á partir, fijando en mí su intelijente mirada antes de llegar á la puerta.

Susana me miró con asombro.

El perro parecia ansioso de salir, pero manifestaba claramente que anhelaba que yo le acompañase.

Tomé el sombrero, y esta accion pareció colmarle de alegría.

Hice seña á Susana de que esperase, y salí con el perro, que me precedia dando saltos, y volviendo cien veces por el mismo camino.

Con el corazon latiendo de esperanza, le seguí sin perderle de vista, y así cruzamos el jardin y salimos á la calle. El perro volvió la cabeza, vió que le seguia, y emprendió una carrera tan ligera que en breve nos encontramos muy lejos de allí.

Cruzamos algunas calles, leal siempre delante, yo siguiéndole con afan.

No quiero cansarte refiriéndote aquella marcha que tenia algo de extraña, algo que se resistia á la razon, y te diré solo, que leal no se detuvo hasta que llegamos á las puertas del convento del Sagrado Corazon. Penetró en la pequeña iglesia y se dirigió á la reja del coro. Allí, mirando hácia adentro, alzando la cabeza y arañando con las manos una ó dos veces, manifestó un vivísimo y sincero placer.

Entonces detrás de aquella reja se oyó un leve suspiro, y una mano pequeña y blanca se vió apoyada en uno de sus hierros.

¡Oh! no cabia duda, Angelina estaba allí.

Ya sabíamos el punto de su reclusion, ahora solo me restaba buscar el modo de poder entenderme con ella.

Volví á la casa, y dije á Susana lo que acababa de sospechar.

Pero en aquel instante me avisaron que don Félix me esperaba en su despacho, y dejé para despues el ocuparme de Angelina.

Tambien suspendo mi carta aquí; es ya demasiado larga y aun tengo mucho que decirte.

Mañana continuaré, ten paciencia algunas horas, sabiendo que siempre te ama tu hermano,

FABIAN.

(Continuará)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

LA REINA DE HUNGRÍA EL TOQUE DE ORACION.

*Ya nos oculta Occidente
los encendidos fulgores,
del sol que asomó en Oriente,
derramando, sonriente
millares de resplandores*

*Ya se esparcen cual un velo
negras sombras por momento,
Ya solo descubre el suelo
allí en el lejano cielo,
un resplandor ceniciento.*

*Ya tristemente paró
el girasol su camino,
y sus ojos replegó,
al tiempo que saludó
al resplandor vespertino.*

*Ya no muestra sus colores
hechiceros la pradera,
tan solo da sus olores,
que se van los resplandores
del que vida le trajera.*

*Ya se siente resonar
del buho triste gemido;
ya no lanza su cantar
el ave que fué á anidar,
solicita, de su nido.*

*Ya descansa la natura
arrullada por la brisa;
solo el torrente murmura,
à través de la espesura
una plácida sonrisa.*

*Ya regresa à su morada
el labrador fatigado,
mas su marcha sosegada
detiene la campanada
que en los aires ha vibrado*

*ya con su noble rudeza
présta mística atencion;
ya descubre su cabeza;
ya se santigua, ya reza:
es el toque de oracion!*

LA REINA DE HUNGRÍA.

CONCLUSION.

En este sitio era donde Isabel congregaba los pobres, los amigos de Dios y los suyos; á este sitio bajaba tierna, solícita, infatigable, por sendas ocultas á través de los bosques, cargada de víveres y socorros para ahorrarles la subida penosa del castillo y tambien para evitar las miradas de los demás hombres; esta humilde choza se la designa aun con el nombre de *descanso de los pobres*, y todo el valle con el de *Valle de Isabel*.

Cuando el duque de Thuringia se separó de su esposa para lidiar en Palestina, tuvo el presentimiento de su muerte y cayó desmayada de dolor. Con efecto, no pasó mucho sin que llegara nueva tan fatal.

Una vez viuda, sus cuñados temiendo la popularidad que habia adquirido, obtuvieron del nuevo landgrave su espulsion. En su consecuencia salió del castillo con sus hijos muy pequeños, y marchó al destierro sola, á pié, y con un niño en los brazos. Todos los habitantes de Eisenach le cerraban sus puertas, porque se habia amenazado con penas muy severas á cualquiera que la recibiese. Un solo posadero la dió asilo en un establo de cerdos; el lecho de estos animales inmundos sirvió á la duquesa de Thuringia, princesa de Hungría, de lecho tambien, y aun de trono, porque aprendió á reinar sobre su humillacion de la que se alzó radiante de resignacion y de confianza en Dios.

Errante de ciudad en ciudad, y de cabaña en cabaña, sufrió todos los rigores de la venganza de un señor poderoso, la miseria, el abandono, frio y hambre.

En medio de tanta afliccion pidió su mano el emperador Federico II, pero rehusó tan distinguida honra refugiándose de convento en convento de las coronas que la perseguian.

En Erfurt dejó á la comunidad al despedirse

el humilde vaso en que bebia, el cual se conservaba aun; en Audeches asistió á la fundacion del célebre monasterio de benedictinos y depositó en el altar su vestido de boda, ultimo recuerdo de su gloria y felicidad, con un relicario y una crucesita de plata que habia llevado siempre consigo. Las reliquias se conservan; en el vestido de la santa se guardan tres hostias milagrosas.

En 1228 obtuvo Isabel reparacion completa de los crueles agravios de sus cuñados que la pidieron perdon sobre la tumba de su marido. Entró en triunfo en Wartburg y se reconocieron los derechos de sus hijos á la herencia del padre. La santa se estableció en una cabaña abandonada donde preparaba con sus manos los alimentos que dividia con los pobres. En 1834, se conservaba aun este retiro, lo habitaba un aldeano llamado Schutz: este sitio rodeado de un jardin de rosas es aun uno de los mas deliciosos de la campiña de Marburgo.

La calumnia del mundo dió á sus virtudes el nombre de locura, y en efecto tenia la locura de la cruz. No solamente se contentaba con ser consuelo de los pobres, sino que se convertia en su sierva, porque cada uno era para ella viva imagen de Jesucristo. Aquellos que por la naturaleza de sus enfermedades inspiraban mas disgusto y repugnancia eran objeto de su mas tierna solicitud y cuidado.

Conrado, su director espiritual, la hizo á pesar suyo tomar camareras á quienes servia la santa en vez de hacerse servir; comia á la mesa con ellas y á veces hasta en su mismo plato. Una de estas, Irmengarda, la dijo un dia:

—Cuidad, señora, no escitar nuestro orgullo colocándonos tan cerca de vos.

—Tienes razon, contestó la princesa, es sobre mis rodillas, en mis brazos donde debeis sentaros; de este modo seremos verdaderas hermanas y no sentirás otro peso que el de mi ternura.

Muy á propósito nos parece citar este ejemplo hoy que la fraternidad brota de los labios de todos. Lo esencial es poseerla, como Isabel, en el corazon.

Instruido su padre de cuanto pasaba, vino en busca de su hija para conducirla á su lado; entró en la choza que habitaba, donde la encontró con la rueca en la mano hilando lana para sus pobres; todos sus esfuerzos no consiguieron sacarla de su retiro.

Su último lazo con el mundo era el amor á sus hijos, los que hacia venir de cuando en cuando para cubrirlos de besos y caricias.

Una vision anunció á Isabel el cercano fin de su existencia. Habia recogido en su casa una

pobre mujer enferma que cuando estuvo curada huyó del lado de su bienhechora robándola todos sus vestidos, obligándola así á permanecer abrigada en su lecho. Entonces el mismo ángel que se le apareció en otra ocasion, llegó á la cabecera y dejándola un vestido, dijo de esta suerte: «Hoy no traigo conmigo una corona, por que el mismo Dios te coronará muy pronto en su gloria.»

Poco tiempo despues, á fines de 1231, aparecieron los primeros síntomas de una enfermedad aguda, poco antes de la cual tuvo otra revelacion de Jesucristo. Al cabo de dos semanas de violenta fiebre, llamó á su confesor para que escuchara sus últimas voluntades; en cuanto á su alma de nada tenia que acusarse que no hubiera lavado mil veces ya la mas sincera contricion.

—Harto sabeis, le dijo, que todo cuanto parecia de mi posesion pertenece realmente á los pobres; distribuidles cuanto dejo, excepto este gastado vestido con que deseo me entierren. Este es mi testamento.

Se le administró el Viático y la Estrema-union y permaneció así inmóvil y silenciosa largo rato, al cabo del cual rompió á hablar con una elocuencia y ternura que hizo arrasar de lágrimas los ojos de todos. Despues del primer canto del gallo permaneció completamente tranquila algunos minutos, y en seguida volvió á sus exortaciones supremas hasta la estincion de su voz.

—¡Oh María! exclamó en tal momento, ven á mi socorro. Es llegada la hora en que llama Dios á sus amigos á sus bodas. El esposo viene á buscar su esposa.... Despues con voz casi apagada.

—¡Callad! ¡Callad! é inclinando la cabeza como rendida por el sueño, entregó su alma.

Apenas habia cumplido veinte y cuatro años. Los milagros mas extraordinarios se operaron despues sobre su sepultura. Su cuñado el duque Conrado que tanto la persiguió cuando viuda, se convirtió invocando su memoria, y provocó su canonizacion en Roma y en Marburgo. Pronuncióse esta canonizacion el dia de Pentecostés, 26 de Mayo de 1235, por el papa Gregorio IX, que consagró por sí mismo en los dominicos de Perugia el primer altar erijido en honor de Santa Isabel. La exaltacion del cuerpo de la princesa se verificó el 1.º de Mayo del año siguiente. El emperador de Alemania Federico II, descalzo, con hábito gris y la diadema en la frente, precedia la comitiva, compuesta de todas las familias reales, representantes de todas las naciones; gran número de obispos y arzobispos, de caballeros de la órden teutónica y de mas de un

millon de peregrinos. Sobre el féretro depositó el emperador como ofrenda una corona y una copa de oro macizo. Los príncipes y las princesas añadieron otras análogas, y á su imitacion los guerreros depositaron sus collares y sus espadas; las damas sus anillos y joyas; los prelados sus cruces y sus mitras.... todo para costear la edificacion de un gran templo dedicado á Santa Isabel.

Otras veinte iglesias se construyeron en honor suyo, lo mismo que monasterios y hospitales, viniendo á ser de esta suerte la santa, patrona de la mayor parte de las ciudades de Alemania.

Todo esto sin embargo no fué bastante á estorbar el destronamiento de sus hijos por sus enemigos. El margrave Enrique cogió á Sofia de Thuringia hija de Isabel, y la hizo arrojar desde lo alto de una máquina de guerra. Cuéntase que cruzando el espacio exclamó; «La Thuringia pertenece al hijo de Brabante.» Tres veces sufrió este suplicio, y tres veces exclamó del mismo modo hasta lanzar el último suspiro á la tercera prueba.

El hijo de Sofia no conservó mas que el ducado de Hesse, cuyos destinos rigen aun los descendientes de Isabel.

X.

A NTRA. SRA. DE LA CONSOLACION.

*Excelsa Virgen Maria,
divino sol de pureza,
de la luz de tu belleza
toma luz el claro dia:
te ensalza el cielo à porfia,
y el hombre tu gracia implora,
¡tu consuelas al que llora,
redimiendo sus pesares!
¡Bendice Tú nuestros lares,
que el alma con fe te adora!*

X.

EL EJEMPLO.

- En todas las afecciones del corazón humano hay algo de la vaguedad del reflejo.

Débil la razón para vencer la impresión, esta domina nuestras facultades, y si no halla á tiempo una fuerza reguladora y potente que encauce sus deseos, estos arrastran muy en breve al corazón por una senda que jamás pensó recorrer.

Una prueba de esta verdad, es la influencia invencible que el ejemplo ejerce sobre nuestros sentidos, influencia tanto mas grande cuanto mas joven é inocente es el ser que la percibe.

El ejemplo es la escuela práctica del espíritu que, atraído por él, se apegá fuertemente á aquella costumbre que ve desarrollarse, como se apegá la imagen á la plancha fotográfica.

El carácter, el sentimiento, y hasta la conciencia de un hombre, no son con frecuencia otra cosa que la continuación de los afectos, bajo los cuales se ha formado su vida.

Podría juzgarse por el presente de una criatura, de su pasado, y de el pasado de sus padres, por que el hombre es como una planta, que, si bien tiene vida propia, sostiene esa vida con las emanaciones de la atmósfera en que crece, y con el jugo de la tierra en que arraiga.

El mal y el bien pueden nacer espontáneamente en el corazón, pero el mal se desvanece si le combate oportunamente una voluntad decidida y una práctica constante de otras doctrinas, y el bien puede ser anulado, olvidado, si al nacer encuentra una atmósfera ya viciada y siente la atracción fatal de un ejemplo pernicioso.

Esto sentado, es indudable que si la mujer no puede por sí sola perfeccionar la sociedad, ni mucho menos dirigirla, puede haciendo de su hogar un modelo de honra y de dignidad, atraer á su ejemplo, el alma de sus hijos, para que estos más tarde, formados bajo una atmósfera de elevación moral, sostengan ante el mundo esa grandeza brillante, que no es la obra de un día, sino la obra de toda la vida, perfeccionada con la experiencia, y embellecida por el talento y la instrucción.

Véase, pues, como la mujer tiene una muy grande y difícil misión en esta época desgraciada de convulsiones sociales.

La misión santa, y como santa ineludible, de fijar la verdad, de conservar las creencias, de inculcar la religión.

El poder de la mujer en la familia, tiene como un sello misterioso y sagrado que todos respetan y que escapa al análisis sarcástico del incrédulo.

Y ese poder, mezcla extraña de fuerza y debilidad, de amor y de ternura, es reconocido y acatado por todos; ese poder, extraño acaso á su voluntad, y que ejerce sin saberlo, es el iman invisible que atrae, que fija y que eleva,

Sería imposible fijar las bases en que ese poder se asienta, pero indudablemente deben ser puras y firmes, cuando ellas sostienen sin que vacile, el edificio de la vida moral.

Así puede observarse que los hijos de una mujer elevada, los que se han nutrido con ejemplos de fe y de amor, guardan siempre aun entre las corrientes turbulentas á que les arrastra la vida, la idea de lo que fueron, y profesan en el fondo de su alma un tierno respeto al recuerdo de su hogar, á la imagen de su madre.

Es inútil, sería hasta pueril el creer que el hombre puede guardar su primitiva ternura de alma, su inocente fe en todo, su confianza y la calma de sus pensamientos; no, eso no puede ser por que necesariamente el mundo ha de ir despojando su alma de los cándidos velos en que le envolvía su inocencia, la ciencia ha de absorber la ternura de sus pensamientos como un sol abrasador que deseca cuanto toca, y el desengaño, helado como un manto de plomo arrojado sobre sus esperanzas, ha de herir sus sentidos, desvaneciendo su confianza, y presentándole la vida como un fantasma de sombras.

Pero si al llegar al fin de ese camino que necesariamente ha de recorrer, pues, si Dios estiende flores ante la débil planta del niño, siembra de espinas el camino que huella la fuerte planta del hombre, si al herirse con esas espinas, repetimos, lleva en el alma el ejemplo purísimo de los primeros años de su vida, si resuenan en su corazón las palabras de fe que su madre le enseñaba, si como un miraje lejano y halagador vé surgir ante sus ojos el dulce cuadro de su hogar, ese hombre herido por los desengaños, cansado de luchar contra un destino invisible, se refugia en el pasado, y al respetar aquel asilo sagrado en donde brotó su vida, comprende que hay algo sobre el vacío de la duda que no se desvanece, algo, así como un astro del cielo del alma, que no se apaga, y ese algo es el recuerdo de sus primeros años, la imagen de su madre, la idea de Dios.

Véase pues, que el hombre, se vuelve á la familia, y la busca como busca la fuente el viajero fatigado; ella es el refugio del corazón que lo ha apurado todo, que lo ha gastado todo, y que siente al fin esa sed que el mundo no sacia....

Si el manantial en que bebió es puro, le recuerda siempre, y vuelve á buscarle; si no lo era, ese hombre seguirá fatalmente por la senda que le marcan sus nuevos sentimientos, y seca al fin por completo la savia del corazón, él será un ateo primero y acaso... acaso un criminal despues.

El ejemplo del hogar, el ejemplo del bien, tiene una influencia decisiva en el hombre, y por consiguiente en el porvenir, y ese ejemplo, la mujer, y solo la mujer, puede dárselo á su familia, para que refleje en la sociedad.

PATROCINIO DE BIEDMA.

Granada: Imprenta de La Madre de Familia.